

## Contexto de quiebre<sup>1</sup>

Raúl Villarroel Soto<sup>2</sup>

Que nos enfrentamos a una nueva coyuntura es una premisa que parece recorrer en estos días muy particularmente la escena de la filosofía, aunque también la de muchas otras disciplinas del conocimiento, como las humanidades, las ciencias sociales, la comunicación, la economía, etc.

Tal nueva coyuntura habría comenzado, en nuestro país, en octubre del año pasado con el denominado «estallido social»; refractándose a partir de marzo de este año, con la llegada de la amenaza del COVID-19, que parece haber congelado el dinamismo de la protesta, pero que continúa señalando la inestabilidad de las premisas del liberalismo que estipulan que es el interés individual el que permite la estructuración y el funcionamiento social.

En este contexto de quiebre, nuestra disciplina se ve enfrentada a una serie de nuevos requerimientos, tanto internos: derivados de sus propios objetos de estudio y metodologías para acercarse a

---

<sup>1</sup> Nota del editor: Este texto fue leído como la conferencia de cierre para las Jornadas de Estudiantes de Filosofía del 08 de julio del 2020. Las intuiciones de esta conferencia presentan, a nuestro parecer, una mirada que da cuenta de una perspectiva profundamente filosófica en un momento en donde la inmediatez del COVID todavía no nos dejaba tomar una distancia reflexiva suficiente. Con esto en mente, se rescatan las palabras del profesor Villarroel, que agudamente identifica detalles de nuestro presente que solo son claros para alguien dedicado por años al quehacer disciplinar de la filosofía.

<sup>2</sup> Magíster en Filosofía y en Bioética, Doctor en Filosofía. Profesor Titular de la Universidad de Chile, académico e investigador del Departamento de Filosofía y del Centro de Estudios de Ética Aplicada (CEDEA) de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. rvillarr@uchile.cl

la realidad; como externos, al ser exigida de nuevas maneras por la sociedad a la que se debe y a la que piensa. Mi impresión es que la Filosofía (no sé si las demás disciplinas también, en este caso) se ha vuelto de algún modo refractaria a una cierta lógica oficial de producción del conocimiento, desplegada hegemónicamente en el mundo durante las últimas décadas.

En general, a los saberes humanísticos (la filosofía, la historia, la literatura, la lingüística y otros) se les ha impuesto una legalidad procedimental que hoy muchos de sus cultores consideran ajena a su carácter esencial, porque intuyen que ha sido extraída de órdenes epistemológicos provenientes de otros regímenes de comprensión del mundo y la sociedad, definidos por criterios de rendimiento económico, fundamentalmente. Esto les ha hecho sentir que la libertad de pensamiento y acción están siendo cada vez más aherrojados y aquellos fines que se suponía debían históricamente perseguir les parecen ahora más difíciles de alcanzar.

Pienso que actualmente está en curso una suerte de desnaturalización del ideario humanista, que las disciplinas especializadas han resentido fuertemente, lo que las mantiene en vilo y ha tendido a acallar su verdad en el espacio público. No obstante, al mismo tiempo, también pienso que acontecimientos como los del estallido social de octubre pasado han favorecido el resurgimiento de una importante expectativa de rearticulación de su potencia analítica y crítica.

En este último caso, advierto con optimismo que, pese a los escollos que nuestro trabajo intelectual ha debido enfrentar, igualmente la fuerza de los hechos ha permitido constatar el valor y la relevancia que tiene un tipo de reflexión como la que despliega la filosofía y con mucha seguridad también todas las humanidades, indagando en la profundidad del sentido de la experiencia humana y social, más allá de la pura racionalidad instrumental con la que hoy se ordena el mundo globalizado, más allá de la organización político-económica de los registros algorítmicos que definen al presente histórico.

Ello nos permite a quienes nos sentimos filósofos y a todos quienes cultivan las humanidades dar con una clave de comprensión esencial del fenómeno humano y soportar con renovado vigor la defensa de la justicia social, que es lo que ha quedado incumplido fatídicamente por este sistema económico neoliberal, constituyendo su imperdonable fallo ético e histórico, digamos.

Por lo mismo, no sé si la tarea a la que estamos llamados hoy sea seguir reclamando lastimosamente por la camisa de fuerza que ciertamente nos han obligado a vestir, o si, con independencia de todas esas formalidades incómodas que tenemos que padecer, nuestro deber sea continuar ineludiblemente alentando un pensamiento crítico, insobornable y siempre subversivo.

En el horizonte actual de los saberes –con mayor razón en el caso de la filosofía, aunque también en las humanidades, las ciencias sociales, el arte o la comunicación– de lo que se trata es más bien de demostrar una capacidad de composición creciente de plexos convergentes de saber, de la producción de diálogos interepistémicos.

El error, a mi modesto juicio, consistiría en creer que es posible sostener discursos estancos, parcelas reductivistas de intelección de la realidad. No veo cómo pudiera no hablarse de un trabajo sinérgico, cooperativo, solidario, transversal entre la filosofía, la historia, la lingüística, por citar algunos ejemplos. Es evidente que las inteligencias humanísticas más relevantes de los dos últimos siglos han demostrado la necesidad de pensar en conjunto aquello que nos interpela de casi idéntica manera en lo más esencial.

Si nuestras disciplinas fallan, es porque pueden llegar a quedar atomizadas y dar lugar a discursos ultraspecializados, puramente exegéticos, cerrados sobre sí mismos, que finalmente se tornan irrelevantes ante el avance de la razón técnica globalizante. Estimo que debemos evitar a toda costa llegar a convertirnos en unos patéticos iniciados en esa “masonería de la erudición inútil” de la que hablaba Michel Foucault. Nuestro desafío es, sin duda, coexistir sin resistencias vanidosas y egóticas, cohabitar generosamente en el saber. Allí pienso que reside toda nuestra fuerza espiritual.

Ahora bien, en relación con el gran estremecimiento ocasionado por la pandemia del coronavirus (COVID-19) que ha sacudido al mundo entero en los últimos meses, resulta posible sospechar que, con ello, de alguna manera, se ha venido instalando en la conciencia pública mundial lo que puede calificarse como una suerte de error perceptivo, a mi juicio nada de insignificante, y del que habría que hacerse cargo reflexiva y críticamente. Con ello me quiero referir al hecho de que, conforme se ha ido estabilizando con aparente legitimidad la idea de que la pandemia es un asunto de índole exclusivamente sanitaria, es decir una situación que solo remitiría a la irrupción de una anomalía imprevista y fatal en el orden infinitesimal de la vida orgánica, podríamos estar tendiendo a obliterar en el análisis aquella dimensión política y económica que define al orden mundial del capitalismo y que no debería dejar de considerarse como el telón de fondo de la actual crisis.

Más aún, si además nos permitiéramos considerar incluso que, en el contexto histórico actual, la investigación científica se perfila como un programa hegemónico de administración y control de la vida humana, indiscutiblemente vinculado a los objetivos y al interés de ese mismo capital global; lo que nos obliga a formularnos muchas preguntas inquietantes con respecto a las soluciones que pudiéramos hoy día esperar por parte de unos futuros desarrollos científicos así comprendidos.

Despolitizar por completo el análisis de esta pandemia, reducirlo a la simple exposición dramática y estadística de su expresión mórbida –por cierto, dolorosa en extremo–, como quieren hacernos entender las autoridades mundiales y los medios de comunicación masiva hoy en día, nos lleva a perder de vista una dimensión quizás más acertadamente explicativa del problema.

Es esencial, entonces, pensar las *políticas del cuerpo*, considerando el cuerpo en su relación con el poder. Ello porque, el poder imprime su autoridad en él, desde la marca del esclavo o el preso, hasta la norma jurídica que permite el uso de la fuerza para el control de las conductas o segrega a los individuos y decide la continuidad de sus vidas en función de los recursos disponibles. Por

lo mismo, no creo que se deba caer en una anodina indulgencia y haya que terminar siendo aquiescentes con la idea de que todo ha sido solo una suerte de “destino fatal” que se ha cernido sobre la humanidad.

Con seguridad habrá responsabilidades políticas muy particulares –y hasta quizás personales– que alguna vez deberán establecerse con respecto a sus causas. Particularmente las responsabilidades de todos aquellos que hoy parecen manifestar una mayor preocupación por la recuperación de la salud de la economía que por la salud de la población.

En este sentido, un análisis también bioético y biopolítico –no solo biomédico– de los efectos deletéreos de la catástrofe virósica planetaria actual –tarea crucial de la filosofía hoy, a mi modesto juicio– permitiría entender que la vida humana, desde hace mucho y de múltiples otras maneras, ha venido siendo llevada al borde del abismo, y que quizás hoy más que nunca, como dijo alguna vez Michel Foucault, esté ocurriendo que “lo biológico se refleja en lo político”.

Podemos pensar que la estructura del poder jurídico-institucional de carácter neoliberal en la que se ha querido sostener el orden social y que ha establecido un modelo económico lesivamente inequitativo, es una condición histórica que ha favorecido el agravamiento crecientemente extremo de la pandemia por COVID-19 en nuestros días, que no es sino y como ha afirmado recientemente Judith Butler la del “capitalismo pandémico”, que no hace sino expresar la convergencia mundial de un modelo dominante de control y una lógica global orientada a la diseminación de un concepto de orden público, donde las políticas y las prácticas se han vuelto cada vez más similares a nivel transnacional.

En contextos de escasez de recursos sanitarios y cuando los peaks de contagio se van tornando cada vez más difíciles de pronosticar, porque se expresan conforme a múltiples variables (cuarentenas rígidas o semirrígidas, capacidad de testeo masivo, aislamiento efectivo de contagiados, etc.), resulta difícil garantizar

que los complejos médicos de los países pobres puedan disponer los necesarios tratamientos de cuidados intensivos para todos quienes lo puedan necesitar.

Todo parece indicar que en la situación presente es tan solo la racionalidad del mercado la única instancia autorizada para decidir de acuerdo con su propia estrategia de cálculo qué vidas vale más la pena salvar que otras. Ciertamente, la letalidad del virus habrá afectado mayormente y con unas consecuencias futuras muchos más sistémicas y desastrosas –como seguramente se llegará a comprobar en las estadísticas finales de todo este trágico episodio de la historia– a aquellas naciones en las que las estructuras sanitarias son más deficientes y carecen de los recursos suficientes para asistir a los enfermos críticos o a las poblaciones más empobrecidas del planeta. Quedará con ello librada solo a la buena voluntad de los profesionales médicos, o a su criterio bioético individual, la continuidad o el término abrupto de las vidas de sus ciudadanos.

Observo entonces con distancia el papel a mi juicio un tanto penoso que algunos colegas filósofos de relevancia mundial, e incluso otros de nuestro medio local, se han apresurado a cumplir ante esta inefable circunstancia.

Creo que varios de ellos van a tener que arrepentirse de muchas de sus aseveraciones, más aún cuando una buena parte de sus dichos han rayado casi en el delirio. De todas maneras, me parece claro que hay experiencias que calarán hondo en la psicología de los ciudadanos. Es probable que muchos de nosotros archivemos en nuestra memoria emotiva registros indelebles del padecimiento al que nos hemos visto sometidos en estos días de encierro y soledad, condenados a echar mano a las escasas reservas tanto materiales como anímicas y creativas que nos van quedando para subsistir, a salvo de la enfermedad, en medio de este caos.

No obstante, más allá de aquello, pienso que difícilmente las cosas van a cambiar en lo sustantivo luego de todo esto. Excepto, porque de esta crisis emerja una peor concentración del poder y del capital que la que hasta ahora ha existido en el mundo. Tal presumible

reordenamiento del mapa geopolítico mundial –según me atrevo a estimar– tenderá a favorecer a los mismos actores que hasta ahora han manejado a su arbitrio los destinos de la humanidad.

Me parece decisivo, por tanto, entender filosóficamente a la política más allá de la gubernamentalidad, más allá de ese gobernar por los cuerpos, lo que equivale también a poner atención sobre el trato que se otorga a las personas y el modo en que sus existencias resultan ser hoy evaluadas. Porque lo que la política decida hacer con sus vidas no puede remitir únicamente a un asunto de discursos biomédicos, o de estrategias y cálculo epidemiológico, para determinar su integración a tratamientos o su abandono a una muerte de manera inclemente. Debe tener que ver con el modo real en que los grupos y los individuos deberían ser tratados, o con qué idea de la justicia se les va a considerar para decidir acerca de su vida o de su muerte.

Por lo mismo –aunque sin calcular la medida de su efecto, por cierto–, creo que se podría abrir a partir de mañana una gigantesca oportunidad para seguir hablando con toda propiedad y pensando críticamente el futuro desde nuestra disciplina que es la filosofía y desde el conocimiento profundo de la realidad social que esta puede generar. Siempre confiando en que ninguna racionalidad técnica o económica será capaz de agotar el espectro de explicaciones posibles de aquello que nunca es del mismo modo, que es la vida humana.

Para eso estamos y estaremos desde ahora dispuestos, supongo. Confiaremos, entonces, en que, como dijo el poeta, “donde hay peligro, crece también lo que nos salva”.